

La Propaganda Católica

Semanario Literario, Científico y Artístico.

Año I.

Domingo 17 de Enero de 1892.

Núm. 2.

Suscripción: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11, BAJO.

Toda la correspondencia se dirigirá á el administrador del periódico don Ramón Blanco Rojo.

La Propaganda Católica

LA LECTURA

—Lee—decía un autor antiguo—sólo aquello que merece conservarse en la memoria. Ciertamente que este consejo encierra verdad profunda, pues no se debe leer sino para aprender é instruirse. Por eso, este nobilísimo ejercicio del alma que la nutre y fortifica, al modo que los sanos alimentos á nuestro cuerpo, ha sido siempre y lo será constantemente el amor y el deseo de los grandes hombres que sin la presunción y vanidad de creer que todo lo saben y no necesitan de las luces antiguas como modernas, no se avergüenzan de acudir á otros para participar de sus riquezas por medio de la buena, sana, útil, científica, moral y provechosa lectura. El Evangelio nos lo confirma. *non in solo pane vivit homo* Un buen libro, como no menos una publicación cordada, prudente, ilustrada y sensata, son sábios consejeros que humildes se pliegan á nuestras manos; nos acogen con lealtad y nobleza de ánimo, nos hablan con verdad y pureza y nos instruyen y recrean sin sórdido interés ni comercial granjería. Séneca, en su libro de *Brevitate vite*, cap. 14, nos dice que por la lectura adquirimos el conocimiento de muchas cosas, que costaron trabajos y desvelos á los que las sacaron de las tinieblas para que viesen la luz pública; ella nos descubre todos los países; nos hace contemporáneos de todas las edades, y ciudadanos de todos los viajeros. Por su medio podemos conversar con los hombres más sabios de la antigüedad, que parece vivieron y trabajaron para nosotros; maestros á quienes podemos consultar en cualquier tiempo: amigos continuos y desinteresados, cuya conversación siempre amena, ingeniosa y agradable, nos enriquece con mil conocimientos curiosos é importantísimos, y de cuya compañía jamás nos apartamos sin llevar con nosotros nuevas luces, avisos, conocimientos y nuevos consejos. Así como la abeja compone su panal de los diversos jugos de plantas, arbustos y flores que recorre, el buen lector saca diferentes ideas, las medita, las digiere, y se forma como un cuerpo de ciencia importante para sí, para la sociedad y

para sus prójimos, á quienes puede comunicarla. Esta riqueza no es nunca como la compuesta y formada por los bienes de fortuna, cuya propiedad es generalmente exclusiva y amortizada; pasa, se derrama, se comunica, sin empobrecer y arruinar á un sujeto ó entidad por pasarse y levantar á otro.

Todos podemos ser ricos: todos podemos apropiarnos, no por irregularidades, secuestros, anónimos y otras inmundas artes, de las verdaderas riquezas contenidas en las lecturas de esos libros matrices de la humanidad, y sobre todos en la Biblia, libro de los libros, fuente de todas las civilizaciones cristianas en los cinco ó seis mil años de la Historia. El tesoro de la buena lectura es asequible á todos: es indudable que no existen ya los Platonos, Aristóteles, Cicerones, Sénecas y Quintilianos... pero nos hablan y enseñan todavía en sus escritos, en sus obras. Los Ciprianos, Tertulianos, Atanasios, Ambrosios, Basilio, Crisóstomos, Jerónimos y Agustinos... murieron, pero sus volúmenes subsisten aun todavía... Nuestros escritores canónicos, nuestros eminentes jurisconsultos, nuestros historiadores, matemáticos y lumbreras antiguas han desaparecido... pero en sus monumentales concepciones nos anuncian que en ellas están las salutíferas fuentes en que podemos beber una filosofía sublime, que engendra sábios, y en donde se han ejercitado los hombres á quienes nuestro siglo distingue y señala con ese honorífico título y dictado. Luego hablar de la lectura es describir la sociedad con sus necesidades de una parte, y sus nobles riquezas de otra; fijarse en lo que comunmente gusta y prefieren leer en estos tiempos es clasificar el estado de cultura, formalidad y civilización de la época; escribir este artículo es presentar reflexiones valiosísimas que envuelven el axioma de que el hombre no ha podido ni pueda vivir sin lectura y escritura, ora en piedras, memorias, hojas de árboles, tablas y pergaminos, ora en las páginas que sudan las prensas; pues la lectura y escritura es el lazo de unión de la humanidad. Lazo de flores olorosas, de riquísimo perfume, y siempre vivas para unos, como cinturón de remordimientos, campo de espinas y noche de tinieblas para otros. La buena lectura es, en fin, ángel de luz.... La poesía nos encanta; la ciencia en todas sus ramificaciones nos

enseña; la historia nos advierte; la filosofía nos alumbrá; la moral nos edifica; la teología nos sublima; la metafísica nos engrandece; la legislación nos informa con principios incontrastables; la elocuencia nos arrebatá y seduce, y hasta la ficción y el apólogo nos cautivan y embelesan.

Leer es estudiar, estudiar es vivir.



REVOLUTUM

Todos sabemos lo natural que es en los médicos el lavarse las manos después de reconocer un enfermo.

Cierta día, el doctor C... fué llamado para asistir á una linda señorita, atacada de pulmonía. Después de observarla, auscultándola por pecho y espaldas, pidió una jofaina con agua, en la que se lavó escrupulosamente.

A la jóven no la agradó esta operación que juzgó ofensiva, y tan pronto como el médico se presentó de nuevo á la cabecera de su lecho, sin darle tiempo para nada exclamó:

—¡María!... trae la palangana, para que se lave las manos este señor antes de tocarme, pues yo también tengo mi estómago.

Un Jefe de cierta dependencia del Estado, en ocasión de fausto suceso nacional, convocó en su despacho á todos los empleados, con la intención de improvisarles la arenga alusiva de cajón.

Antes de empezar su discurso, uno de los escribientes se dirigió al compañero inmediato diciéndole *sotto voce*:

—Escucha la barbaridad que va á decir nuestro Jefe.

Este llegó á oírlo, y con acento irritado se encaró al escribiente en estas formas:

—¡Queda V. suspenso de empleo y sueldo por quince días!

—¿Lo ves?—murmuró el castigado al oído de su amigo.—¿Es barbaridad ó no?...

Mi amigo Vicente Casero, se ve obligado á verificar una visita de puro cumplimiento á cierto funcionario pú-